

Entre Londres y México

Carlos Fuentes

Londres, seis de la mañana. Despierto, me aseo, me preparo un desayuno de té con pan tostado. Siete de la mañana. Estoy sentado escribiendo hasta las doce. No más allá de cinco horas y diez cuartillas. Tenía proyectado escribir sólo cinco páginas. Desde la noche anterior, pensé mi plan de trabajo para el día siguiente. Pero al sentarme con la pluma en la mano y el cuaderno de hojas rayadas frente a mí (no puedo escribir con máquinas interpósitas que, estoy seguro, tienen su propia voluntad y una disposición enemiga) el proyecto racional se disuelve muy pronto. Interviene algo exaltante, mágico. La escritura toma un ritmo propio, imprevisto. Palabras, oraciones, párrafos enteros me dictan, se dictan, provenientes acaso del sueño olvidado de la noche anterior. Sólo recordamos los sueños banales, olvidamos los más profundos. ¿Reaparecen éstos, subconscientemente, en la escritura?

México, seis de la mañana. Me acuesto. Regreso de una cena indisciplinada, vital, desbordante de pesimismo crítico.

La tranquilidad londinense me rodea. El rumor de las avenidas no llega a la alta terraza donde vivo y escribo. Miro hacia el parque arbolado a mis pies. De tarde en tarde, pasa un avión rumbo a Heathrow. Trabajo concentradamente. No me tientan los cafés al aire libre de París o Roma. En Londres llueve. Y si no en este momento, dentro de diez minutos. *Rain or shine*, a las doce salgo a caminar por el cercano cementerio de Brompton. Túmulos funerarios suntuosos, sólo comparables a los de la Recoleta en Buenos Aires. Inscripciones dignas de Evelyn Waugh en la película de Alec Guinness: “Aquí yace Lady Dudley. Pasó de la fantasía a la realidad”. La sonrisa se congela cuando me acerco al vasto espacio de cruces blancas. Son las tumbas de jóvenes soldados ingleses muertos en la Primera Guerra Mundial. Leo con gran melancolía las inscripciones, los nombres, las ba-

tallas, las fechas. Ninguno de estos muchachos vivió más allá de los treinta años.

Leo toda la tarde, de tres a seis. La noche es la hora en que Silvia y yo salimos a disfrutar, sin jamás agotar, la oferta cultural de Londres. Dos teatros de ópera (Covent Garden y English National Opera) para un fanático del género como lo soy yo. Una cartelera de cine a veces un poco asediada por Hollywood, pero aún así rica en programación iraní, norafricana, turca, japonesa. Y sobre todo, teatro, el mejor teatro del mundo. En una semana, se puede aplaudir a Ian McKellen en *La danza de la muerte* de Strindberg, a Ralph Fiennes en el abrumador y poco visto *Brand* de Ibsen, la espléndida reposición de *Viejos tiempos* de Harold Pinter en una bodega convertida, el éxito improbable de una obra radical y exclusivamente política, *Democracia* de



Torre de Londres



Holland Park, Londres



Héctor García, *El caballito cabalga*

Michael Frayn, tan política que revela totalmente el enigma humano de Willy Brandt...

Librerías como para cumplir el sueño de Borges: dormir rodeado de libros. Museos inagotables. Seguridad en manos de un cuerpo policial cuyos miembros pasan tres años de exámenes y reciben sueldos al nivel de su función. Taxistas igualmente entrenados que lo llevan a uno a cualquier parte sin necesidad de repetir la orden o buscar el lugar en la guía. Comodidad de ta-

xis que debían ser universalmente imitados. La extraña sensación de ser apelado *mate* (compañero) por algunos taxistas y *guvnor* (gobernador) por otros. La ambigua sensación de no tener más de seis amigos en la ciudad.

La excelencia de un mal clima. Bajo cielos nublados escribieron Dickens y T.S. Eliot, actuaron Oliver y Vanessa Redgrave, bailaron Nureyev y Margot Fonteyn, cantaron los Beatles, filmaron Carol Reed y David Lean. La ausencia de una buena cocina local. Subrayo la loca-



Héctor García, *La Revolución no se ha bajado del caballo*

lidad porque toda gran cocina —francesa, china, italiana, mexicana, española— nace del pueblo y asciende a los restaurantes. En Londres, no hay cocina popular accesible y barata. Hay grandes restaurantes, sumamente caros, de comida francesa, italiana, “continental”. Mexicana no: nuestro elaborado recetario no viaja bien por ausencia de ingredientes y, diría yo, porque no hay las mismas manos para hacer tortillas.

Ah, México, D.F. Despertar a las nueve de la mañana con una discreta “cruda” o resaca. Un par de horas de escritura antes de un maravilloso almuerzo de cuatro horas y doce platillos. Siesta obligada, duchazo para salir a cenar. Invitación a las nueve. Nadie llega antes de las diez y media u once. Nadie se va antes de las dos o

tres de la mañana. Pura vida. Amigos entrañables, muchos. Política decepcionante, aún más. Coraza contra los corajes, fuerte. Horas perdidas circulando por el periférico, todas. Inseguridad, mayúscula. Nostalgias, maravillosas. Esperanzas, a pesar de todo.

Londres, seis de la mañana. Me levanto. Me esperan cinco horas de trabajo disciplinado. México, seis de la mañana. Me acuesto. Regreso de una cena indisciplinada, vital, desbordante de pesimismo crítico. Me esperan dos años más de desilusión, exorcismo, recuerdos del porvenir (Elena Garro) y discretas nostalgias del pasado. Porque los latinoamericanos, decía Pablo Neruda, llevamos auestas a nuestro país dondequiera que estemos. Y como no podemos cambiar de país, cambiemos de tema. **U**

Londres, seis de la mañana. Me levanto.
Me esperan cinco horas de trabajo disciplinado.